

Aurelio Pérez Jiménez (ed.)

Patrimonio Filológico
Contribuciones y Nuevas Perspectivas



PETER LANG

Bern • Berlin • Bruxelles • New York • Oxford

**Bibliographic Information published by the
Deutsche Nationalbibliothek**

The Deutsche Nationalbibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie; detailed bibliographic data is available online at <http://dnb.d-nb.de>.

Printed by CPI books GmbH, Leck

ISBN 978-3-0343-4043-4 (Print)
E-ISBN 978-3-0343-4194-3 (E-PDF)
E-ISBN 978-3-0343-4195-0 (EPUB)
E-ISBN 978-3-0343-4196-7 (MOBI)
DOI 10.3726/b17577

© Peter Lang AG, International Academic Publishers, Bern 2021
Wabernstrasse 40, CH-3007 Bern, Switzerland
bern@peterlang.com, www.peterlang.com

All parts of this publication are protected by copyright. Any utilisation outside the strict limits of the copyright law, without the permission of the publisher, is forbidden and liable to prosecution. This applies in particular to reproductions, translations, microfilming, and storage and processing in electronic retrieval systems.

This publication has been peer reviewed.

Printed in Germany

Diana Esteba Ramos

- Capítulo VI** La recreación de textos del universo jurídico-administrativo para el aprendizaje del español en el siglo XVIII: aproximación al diálogo sexto de F. Sobrino 109

Salomé Yélamos Guerra

- Capítulo VII** El uso de materiales auténticos mediante el enfoque comunicativo y AICLE en las clases de ELE para realzar el Patrimonio Cultural 127

Patricia Álvarez Sánchez

- Capítulo VIII** El relativismo lingüístico y sus implicaciones para la traducción 143

Amina El-Founti Zizaoui y Francisco M. Carriscondo Esquivel

- Capítulo IX** Ideologías en torno al plurilingüismo de España a través de dos manifiestos 161

SECCIÓN TERCERA: LA FILOLOGÍA, INSTRUMENTO DE SALVAGUARDA Y DE RENOVACIÓN DEL PATRIMONIO LITERARIO

Laura Esteban-Segura & Javier Calle-Martín

- Capítulo X** Los manuscritos en lengua vernácula inglesa de las Colecciones Hunteriana y Ferguson de la Universidad de Glasgow 179

Silvia Pilar Castro Borrego

- Capítulo XI** *Aethiopum Terris Venit*: la Biografía sin Tiempo de Juan Latino 191

Sofía Muñoz Valdivieso

- Capítulo XII** William Shakespeare y la cuestión del patrimonio en Stratford y Londres 205

Miguel Ángel González Campos

- Capítulo XIII** Reorientación del patrimonio a través de la ficción literaria y audiovisual 219

Patricia Álvarez Sánchez
Traducción e Interpretación
Universidad de Málaga
Patriciaalvarezsanchez@gmail.com

Capítulo VIII. El relativismo lingüístico y sus implicaciones para la traducción

Resumen: Existen unas 7,000 lenguas en el mundo y todas ellas son parte esencial de nuestro patrimonio cultural inmaterial. Según la hipótesis Sapir-Whorf, todas estas lenguas que hablamos reflejan nuestra comprensión del mundo y, por extensión, dan lugares a realidades distintas. En este artículo nos proponemos examinar esta teoría y exaltar las diferencias que se dan entre las lenguas como un valor positivo. Para comenzar nuestra argumentación, y de forma introductoria, indagaremos en algunas de las funciones del lenguaje, sofisticada herramienta que nos convierte en seres humanos. En segundo lugar, analizaremos el relativismo lingüístico, teoría que defiende que el lenguaje no solo refleja la realidad que habitamos, sino que también crea, hasta cierto punto, nuestro entorno y nos define como seres inmersos en una cultura determinada. Finalmente, ofreceremos diversos ejemplos que justifican estas afirmaciones en varias lenguas y comentaremos las dificultades de la traducción que estas implican.

Palabras clave: Cultura, Lenguaje, Pensamiento, Relativismo lingüístico, Traducción.

1. Introducción.

La relación entre las lenguas, las culturas y el pensamiento ha sido estudiada a lo largo de los siglos. Las lenguas son construcciones culturales y sociales de las que nos servimos a diario para canalizar nuestros pensamientos; vivimos como seres humanos gracias a la elaboración del pensamiento, pensamos seguramente gracias al lenguaje, pero además, cada lengua nos enseña a observar, entender y orientarnos en el mundo que nos rodea. A esta relación se han dedicado grandes pensadores humanistas. Decía, por ejemplo, Heidegger que “der Mensch gebär-det sich, als sei er Bildner und Meister der Sprache, während doch sie die Herrin des Menschen bleibt” [El ser humano se comporta como si fuera el creador y maestro del lenguaje cuando, en realidad, el lenguaje domina al ser humano]¹

1 Todas las traducciones son propias.

(1951: 148); Wittgenstein explicaba en su obra que “die Grenzen meiner Sprache sind die Grenzen meiner Welt” [Los límites del lenguaje significan los límites de nuestro mundo] (1921) y Steiner defendía brillantemente que “each human language maps the world differently” [cada lengua humana dibuja el mundo de forma diferente] (1998: xiv). Las consecuencias de estas afirmaciones bien merecen nuestra atención puesto que, además de su importancia para la etnolingüística, son esenciales en la tarea del traductor.

Las lenguas son sistemas de comunicación únicos que compartimos todos aquellos hablantes inmersos en la cosmovisión que representa pertenecer a un entorno lingüístico y cultural concreto, a pesar de los numerosos rasgos que nos diferencian. Desde que existe la humanidad, nos han servido para expresar nuestras emociones, recordar nuestras historias² y desarrollar nuestras culturas. No en vano, la polisemia es un elemento que caracteriza las lenguas cuyas sociedades han progresado desde un punto de vista científico y cultural. A través del lenguaje indagamos en los entresijos del mundo y participamos en todos los aspectos de la sociedad. Las lenguas ayudan a preservar la historia, las costumbres y la memoria, embellecen la realidad y son formas aglutinadoras de pensamiento, significado y expresión.

De entre todos los seres vivos, es probable que los seres humanos contemos con el lenguaje más complejo. Observado bajo la lupa del lingüista, forma un sistema abstracto de reglas que adquirimos y manejamos con diferentes funciones comunicativas, pero además, su vocabulario es un palimpsesto que ilustra invasiones de otros pueblos, el desarrollo del pensamiento y los cambios históricos del significado. Así, las lenguas son complejas herramientas formadas por palabras y sus combinatorias y, además, nos ayudan a crear una identidad irrepetible —de hecho, una de las características que nos distingue del resto de los seres humanos es la voz—. En otro orden de cosas, África Vidal, gran traductóloga y experta en la intersección entre el lenguaje y el pensamiento, nos recuerda que las lenguas están intrínsecamente unidas a las emociones, nos brindan consuelo y, en ocasiones, nos aíslan:

Las palabras son disfraces que nos ponemos cada día para acudir al baile. Con las palabras construimos el zaguán donde nos desnudamos sin quitarnos la ropa. Con las palabras recordamos aquel beso que fue capaz de detener el reloj; con las palabras nos perfumamos para consolarnos; con las palabras se atreve el cobarde; con ellas grita el

2 En este uso plural de la palabra historia nos hacemos eco, conscientemente, de la charla de *The danger of a single story* de Chimamanda Ngozi Adichie.

sordo, nos aman como odian los amantes y con ellas le hablamos a quien nunca nos escucha.³ (2017: 144)

Nuestros idiomas representan también generaciones de sabiduría, que se transmiten tanto de forma oral como escrita, y ponen a nuestra disposición un caudal de recursos inigualable. Entre sus muchas funciones, cabría destacar que son también uno de los mejores instrumentos de persuasión, tienen el poder de embaucar, curan todas las penas si las palabras son dichas en alto a modo de confesión desde un diván freudiano y, soñaba Gabriel Celaya, el lenguaje es en su expresión poética “un arma cargada de futuro” y “un instrumento para cambiar el mundo” (1976).

2. Lenguaje y pensamiento

Formadas por un hermoso laberinto de términos que creamos para dar cuenta de aquello que nos rodea y necesitamos nombrar, las lenguas son también reflejo de las sociedades donde se hablan y del estado de las civilizaciones.⁴ Aunque no pueden dar cuenta de la realidad ontológica en su totalidad, sí reflejan la realidad fenomenológica, es decir, el mundo tal y como lo percibimos y experimentamos. Por consiguiente, cada lengua es una categorización subjetiva del mundo, un ejemplo de la diversidad y perspectiva de las culturas.

La idea de que la lengua refleja nuestra cosmovisión del mundo proviene de la filosofía romántica alemana de Herder, que influyó posteriormente a Wilhelm von Humboldt. No es baladí que esta concepción se fraguara en el Romanticismo, movimiento que exaltó la particularidad geográfica, histórica y lingüística. También en esa época tan prolífica en cuanto al pensamiento sobre la filosofía del lenguaje, Madame de Staël escribió uno de las obras que más influyó

3 Es curioso que si, tal y como menciona Vidal, las palabras son los disfraces que nos visten a diario, nos enfoquemos más en la apariencia estética de las personas y descuidemos, sin embargo, nuestra forma de expresarnos, que tanto dice de nosotros.

4 No en vano, la UNESCO declaró el 2019 año de las lenguas indígenas tras un estudio —que esta misma organización había encomendado a un grupo de lingüistas— que pone en evidencia la enorme cantidad de lenguas minoritarias en peligro de extinción. Estas lenguas son habladas, normalmente, por etnias formadas por muy pocos hablantes. La pérdida de sus lenguas significaría también la desaparición de sus culturas. Los resultados de este estudio, titulado “Vitalidad y peligro de desaparición de las lenguas», son un fantástico análisis de la precaria situación de lenguas minoritarias y una base para que se inste a los Estados a promover políticas que protejan y formenten esta polifonía.

el S. XIX, *De l'Allemagne* [Sobre Alemania] (1813). En ella alababa la filosofía y la literatura alemanas, y razonaba que existen similitudes entre la lengua y la historia del pueblo alemán. Humboldt, influido por este y otros escritos, habitó un momento intelectual de idealismo, rodeado de autores como Goethe y Schiller, grandes traductores literarios. Este gran humanista prusiano estaba convencido de que el lenguaje, estrechamente ligado al avance intelectual de la humanidad, moldea también nuestro pensamiento: “Die Sprache ist das bildende Organ des Gedankens” [El lenguaje forja el pensamiento] (1836). Uno de sus discípulos, el antropólogo Franz Boas, se asentó en Norteamérica y estudió allí el inuktitut de la isla de Baffin (Canadá). A partir de sus postulados, dos antropólogos y lingüistas estadounidenses, Sapir y su discípulo Whorf, formularon varias ideas complementarias que se conocen como la hipótesis del relativismo lingüístico, y que han sido ampliamente difundidas. Esta teoría defiende que las estructuras gramaticales y el léxico de cada lengua reflejan la cosmovisión del mundo de una comunidad lingüística concreta y que además, influyen en nuestra forma de ver el mundo.

Whorf ilustró su teoría con multitud de ejemplos de diversas lenguas, en especial la amerindia de los hopi,⁵ que cuenta con una sola palabra para denominar todo aquello que vuela excepto los pájaros, para los que existe otro término diferente (1956: 216), hecho que parece estar vinculado a la importancia de este animal en su cultura. Boas, por otro lado, defiende seguramente el ejemplo léxico más conocido, es decir, que el inuktitut diferencia la nieve según su estado en cuatro palabras: *aput*, que se refiere a la nieve sobre el suelo; *qana*, nieve que cae en forma de precipitación; *piqsirpoq*, nieve a la deriva; y *qimuqsuq*, nieve que mece el viento (1911: 25), y esto se debe a la importancia de esta forma de precipitación en una zona geográfica donde la nieve siempre está presente.⁶ Las antropólogas Story y Naisch ilustran las múltiples traducciones del verbo *nadar* en su diccionario de verbos de inglés – tlingit, tlingit – inglés. Entre ellas encontramos: *li-t'aach*, que se refiere a nadar para rescatar a alguien; *dli-tsees*, nadar rápidamente; *ya-ya-goo*, nadar en un banco de peces; *ya-x'aak*, usado para mamíferos cuando nadan dentro del agua; *ya-hoo*, nadar en la superficie; *ya-dzi-aa*, nadar bajo el agua, pero sacando la cabeza para respirar, entre muchas otras.

5 Lengua utoazteca compartida por algunos hablantes amerindios en Arizona (EEUU).

6 El número de palabras que aluden a la nieve en esta lengua ha ido aumentando de forma considerable según las han citado algunos autores, pero con escaso rigor científico. En castellano contamos también con las palabras: *aguanieve*, *cellisca*, *cinarra*, *nevisca*, *nevasca* y *nieve*.

(1986: 220–221).⁷ No es casualidad que esta lengua sea la forma de expresión de una comunidad costera asentada en Alaska y Canadá, para quienes el mar y sus habitantes son muy relevantes.

Una de las investigadoras más recientes, Boroditsky, señala que las lenguas indígenas de los pormpuraaw, una comunidad aborigen de Australia, no cuentan con palabras que se refieran a izquierda o derecha, y que sus hablantes señalan el lugar de las cosas según los puntos cardinales, lo cual implica que surjan oraciones del tipo: “You have an ant on your southwest leg” [Tienes una hormiga en tu pierna situada al suroeste] (2010). Como resultado, señala Boroditsky, estos hablantes tienen un sentido de la orientación mucho más desarrollado, incluso en lugares donde nunca han estado. Este es un ejemplo de cómo el lenguaje implica una conceptualización del espacio diferente.

Además, nos explica Luque Durán que, según Whorf, aquellos términos que en morfología clasificaríamos como palabras simples, constituidos por una sola raíz, corresponden a realidades muy arraigadas en una cultura, y que, sin embargo, los términos secundarios (derivados y compuestos) designarían conceptos menos integrados en la cultura (2004: 93). Dado que en la mayoría de las lenguas indoeuropeas, la palabra que designa la guerra es simple (*guerra* en español, italiano y portugués, *guerre* en francés, *war* en inglés y *Krieg* en alemán), es este según Whorf un concepto antiguo y muy arraigado en la psicología de los pueblos europeos. En cambio, en diversas lenguas amerindias el mismo concepto se nombra con términos compuestos. Los aztecas poseen la palabra *yaoyotl*, que es un compuesto de *yaotl* (enemigo) y significa enemistad, y en el idioma hopi, la expresión más parecida, *na.ḡöYta* deriva de *qöya* (matar pluralmente). Para Whorf, esta diferencia morfológica entre palabras que designan un mismo hecho es consecuencia de la importancia del mismo en las culturas, es decir, los pueblos aztecas y hopi, aunque belicosos, no lo son tanto como los de la Europa occidental (Luque Durán 2004: 93). Por otra parte, señala Díaz Rojo que, por ejemplo, en azteca, la palabra que se refiere a las pertenencias, *tlatqui*, no deriva del verbo tener sino del verbo que significa portar, *itqui*, y esto está relacionado con el carácter nómada del pueblo azteca y su entendimiento de aquello que poseen (2004). Todos estos ejemplos demuestran que las lenguas son también reflejo de las culturas, sociedades y el pensamiento, de una realidad condicionada hasta cierto punto por el espacio y el tiempo que habitamos.

7 Téngase en cuenta que todas estas acepciones se refieren a sujetos en singular y que para el plural, existen otros términos diferentes.

En cuanto a algunas estructuras gramaticales, Whorf afirma que estas organizan nuestro pensamiento temporal, y pone como ejemplo diferentes tiempos verbales de lenguas indoeuropeas y numerosos verbos del hopi que en muchas otras lenguas son sustantivos (por ejemplo, *relámpago*, *ola* y *llama*) porque son acontecimientos de poca duración y que, según las reglas de la gramática hopi, deberían ser verbos (1956: 215). Por otra parte, Boroditsky señala que el género de un sustantivo motiva que lo entendamos como un objeto de cualidades femeninas o masculinas. Se sirve de la palabra *puente*, que es femenina en alemán y masculina en español, para justificar que supuestamente entendamos esta construcción arquitectónica como algo sólido y robusto en español y bello en alemán.

Aunque este artículo defienda el relativismo lingüístico, por estos y otros ejemplos, con cuyas conclusiones no coincidimos, nos parece debatible que las estructuras gramaticales y ciertos aspectos morfológicos influyan sustancialmente en el pensamiento. En el ejemplo de Whorf, aunque estas realidades se expresen por medio de unas u otras categorías léxicas, es decir, se conceptualicen lingüísticamente de maneras diferentes, no parecen representar dos cosmovisiones diferentes de un mismo hecho. Los hablantes que expresamos en español estas realidades mediante sustantivos los experimentamos también como sucesos cortos. En cuanto a los postulados de Boroditsky, se trata de argumentos poco objetivos; no es cierto que los hablantes del español entendamos *puente* como un objeto masculino y mucho menos conceptualizan los hablantes del alemán *puente* como algo inherentemente femenino y hermoso.

Sin embargo, existen numerosos ejemplos que corroboran que diversos aspectos léxico-semánticos del lenguaje y algunos de carácter morfológico dan lugar a diferentes concepciones del mundo. Para sustentar esta idea, nos enfocaremos en las diferencias léxicas, en los campos semánticos del tipo todo-parte que segmentan la realidad en sus particularidades de diferente manera, en algunos términos intraducibles, y en agrupaciones de términos que originan entendimientos del mundo significativamente distintos.

La versión fuerte de esta hipótesis, llamada determinismo lingüístico, cuenta actualmente con pocos seguidores. Esta teoría afirma que el lenguaje *determina* nuestro pensamiento, es decir, canaliza, moldea y limita nuestra experiencia y algunos procesos cognitivos como la memoria. La versión débil del relativismo lingüístico, que aquí defendemos, propugna que el lenguaje interviene en la forma en la que entendemos el mundo. Esta ha sido cuestionada desde los preceptos racionalistas chomskianos, que defienden una base de universales con la que todas las lenguas contarían y desplazan toda diferencia a un nivel superficial. Sin embargo, tal y como Steiner reflexiona, es paradójico que el discurso de Chomsky, intrínsecamente antiimperialista, trate de reducir todas las voces de

las lenguas a una fórmula matemática, a un axioma de estructuras universales e innatas del cerebro, dado que esta reducción implica inevitablemente que la diferencia lingüística quede relegada a un segundo plano (1998: xiv-xv).⁸

3. El relativismo lingüístico actual

Esta teoría presenta actualmente un resurgimiento con varios estudios que siguen esta línea de investigación y que merecen nuestra atención. En uno de ellos, publicado recientemente en *Science*, se llega a la conclusión de que aunque muchas lenguas tengan términos para las mismas emociones, estas no significan lo mismo (Conrad Jackson *et al.* 2019). No nos referimos aquí a matices que puedan tener las palabras en las diferentes traducciones ni a aquellos que, por nuestra experiencia vital, sentimos los hablantes de una lengua de forma individual. La razón de esta discordancia es que vinculamos las emociones a connotaciones totalmente diferentes dependiendo directamente de la cultura y lengua que hablemos. Otros estudios anteriores sobre las emociones (Ekman 1992; Tomkins *et al.* 1968) apuntaban a que existen conjuntos de afectos básicos y universales que forman un paisaje ontológico de las emociones, la alegría, el amor, el miedo y la pena, por ejemplo, y que estos derivan de nuestra condición de seres humanos. El estudio de Conrad Jackson *et al.* analiza concretamente veinticuatro sentimientos en 2,474 lenguas habladas actualmente y demuestra que la comprensión de estas emociones deriva de la intersección entre algunos aspectos psicológicos y diversos conceptos inherentes a la cultura. Además, añade que todos ellos tienen una valencia, que nos hace entenderlos como agradables o desagradables, y un valor de activación, que nos induce a relacionarlos con otros sentimientos. De esto se deduce que mientras los hablantes de una misma lengua compartimos un significado bastante parecido de las emociones y las sensaciones que nos provocan las palabras con las que nos referimos a ellas, hablantes de otras comunidades lingüísticas y culturas no comparten ese significado porque los términos están cargados de otros matices, que en muchos casos son sorprendentes.

A un nivel práctico, esto quiere decir que aunque la palabra *amor* aparezca en todas o casi todas las culturas actuales —e independientemente de que cada persona tenga una definición para el amor—, los hablantes de diferentes entornos y

8 Esta idea de simplificar el lenguaje para su estudio metodológico ya fue criticada por Johann Georg Hamann en el Romanticismo, quien defendió que el racionalismo cartesiano no puede explicar los procedimientos mediante los cuales surge la pluralidad del lenguaje.

lenguas la asocian en sus idiomas a experiencias muy distintas en cada uno de los casos. La razón, según los resultados de este estudio, es que la conectamos con matices muy dispares, tales como la alegría, el arrepentimiento, el orgullo o la vergüenza. Este proceso de asociación de emociones recibe el nombre de *colexificación*; cuando dos palabras tienen una alta *colexificación*, las comunidades en las que se utilizan han construido ese sentimiento concreto a través del lenguaje de manera semejante. Este proceso de similitud de relación de significados está directamente motivado tanto por relación de proximidad entre sus lenguas, es decir, la pertenencia a una misma familia lingüística, como por la proximidad geográfica y el contexto histórico común de diferentes comunidades.

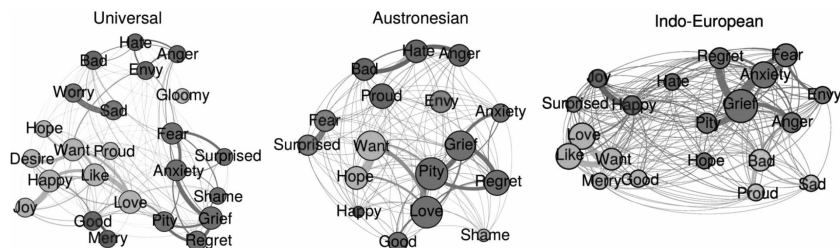


Figura 1: Diagramas que representan las emociones según el estudio de Conrad Jackson *et al.*

El estudio, en el que participan varios expertos de diferentes países, está ilustrado con varios diagramas, de entre los que hemos seleccionado tres que ejemplifican algunas de sus conclusiones. Todos ellos nos muestran redes de emociones, es decir, la proximidad o lejanía de unas con otras por medio de colores, agrupadas en familias lingüísticas. En el diagrama situado a la izquierda, están representadas las veinticuatro emociones universales; en el del centro, encontramos diecisiete de ellas en las lenguas austronesias,⁹ y en el de la derecha, observamos veinte de ellas en las lenguas indoeuropeas. De estas figuras se desprende que el sentimiento de amor, en amarillo, está relacionado con los de alegría (*merry*), bondad (*good*), deseo (*want*) y afinidad (*like*) en las lenguas indoeuropeas, —entre las que se encuentran el alemán, el español, el francés, el italiano y el inglés—, mientras que ese mismo sentimiento aparece en gris y se asocia a la ansiedad (*anxiety*), el arrepentimiento (*regret*), la bondad (*good*), la

9 Habladas entre Madagascar, el archipiélago Malasio y Oceanía.

lástima (*pity*) y la pena (*grief*) en el caso de las lenguas austronesias. Por consiguiente, aunque los diccionarios ofrezcan traducciones de estas palabras, deberían quizás también explicarlas en detalle puesto que no existe una equivalencia sencilla entre términos que no tienen las mismas connotaciones.¹⁰

Por otra parte, la lexicalización, es decir, el proceso de creación de palabras, suele responder a las necesidades de los hablantes y a la relevancia del término que se concibe, aunque esta regla de relevancia no siempre se cumpla.¹¹ Siguiendo a Saussure, las palabras, o signos lingüísticos, están compuestas por un significado, imagen mental o conceptual de aquello a lo que nos referimos, y un significante, imagen acústica que arbitrariamente se refiere al significado.¹² El hecho de que en una lengua se cree una palabra concreta o extienda el significado de una que ya tiene refleja una asociación conceptual o cognitiva, fruto del conocimiento y una cosmovisión del mundo determinados. Seguramente no es casualidad que los gauchos argentinos distingan a los caballos según el color de su pelo en unas 200 palabras (Steiner 1998: 90), una diferenciación que probablemente resulta fácil de establecer si tenemos los términos para ello, ni que en gallego exista un muy abundante número de términos que se refieren a la lluvia, tal y como refleja el *Dicionario da Real Academia Galega*. De entre ellos nos gustaría mencionar: *ballón* y *balloada*, lluvias intensas y abundantes de corta duración; *babuxa* y *babuxada*, lluvias relacionadas con el viento del norte; *froallo*, lluvia muy pequeña; *orballo*, lluvia fina lluvia que no cesa y empapa; *torboada* y *treboada*, lluvia intensa y súbita acompañada de viento.¹³ Este nada despreciable abanico de denominaciones para un único fenómeno meteorológico se explica probablemente por la gran cantidad de borrascas y precipitaciones que acoge Galicia en su situación fronteriza con el océano Atlántico, donde

-
- 10 Aunque el estudio no apunta a las posibles razones concretas de estas diferencias, es posible deducir que el amor esté quizás más ligado a la pena y al sufrimiento en sociedades con peor calidad de vida (peor acceso a la sanidad, incertidumbre económica, menor esperanza de vida, mayor mortalidad infantil, etc.) porque en el proceso de amar estarían implicados el sufrimiento por no poder proveer para los seres queridos, su enfermedad e incluso pérdida a cortas edades, etc.
 - 11 Por ejemplo, en español se han lexicalizado conceptos que se refieren a la dificultad de pronunciar correctamente: *tartamudear*, *tartajear*, *trastabillar* y *tartalear*, aunque no parece que las diferencias a las que se refieren los términos sean muy relevantes para un hablante medio (Jiménez Hurtado 1997, citada en Díaz Rojo 2004).
 - 12 Somos conscientes de que esta definición es somera, pero pensamos que es suficiente para entender las ideas que se presentan.
 - 13 Algunas de estas palabras se utilizan también en el bable de Asturias.

se forman muchas de estas lluvias. Evidentemente, la traducción en estos casos implica casi siempre la explicación del término en la lengua meta en una frase.

Si las lenguas son sinónimo de cultura, un aspecto muy llamativo son también numerosos términos que no podemos traducir fácilmente porque reflejan una perspectiva y una realidad que no existe, o no es relevante, en otras comunidades lingüísticas. De entre muchos otros y variopintos ejemplos, nos gustaría señalar las palabras alemanas *Kummerspeck*, signo lingüístico creado por la unión de las palabras *pena* y *tocino*, que se refiere al peso que se gana cuando, tras una gran desilusión, una persona sacia su pesar comiendo indiscriminadamente; y *Bacpfeifengesicht*, compuesta por *tortazo*, *silbar* y *cara*, un rostro tan despreciable que sería deseable abofetearlo. Por otra parte, no es baladí, teniendo en cuenta que el pueblo alemán es profundamente ecológico y que la naturaleza forme parte importante de sus vidas, que cuenten con multitud de términos que se relacionan con el bosque de una forma positiva: *Waldeinsamkeit*, que expresa la soledad que uno siente cuando se encuentra en un bosque y la unión con este;¹⁴ *Waldtherapie*, terapia médica que consiste en conectar con el bosque para mejorar enfermedades de diversa índole; y *Waltbaden*,¹⁵ que se refiere a sumergirse en el bosque con todos los sentidos para alcanzar el bienestar y la plenitud.

Japón cuenta también con varios términos prácticamente intraducibles que nos advierten sobre la contradictoria idiosincrasia de su pueblo. Por una parte, la civilización nipona enfatiza la relevancia del esfuerzo ímprobo de los japoneses para enfrentarse a duras tareas. Cuentan con una palabra, *kyoikumama*, que designa a las madres que someten a sus hijos a una presión despiadada para que logren destacar en la escuela y con otra, *karoshi*, que se refiere a la muerte por exceso de trabajo. Durante los años 80, el gobierno de Japón, uno de los países con mayor proporción de bosques del planeta, enfocó su mirada al bosque como solución a la elevada tasa de mortandad por agotamiento laboral y lanzó la terapia *Shinrin Yoku*, que consiste en sumergirse en el bosque para conectar con la naturaleza y relajarse. No en vano Japón destinó varios de sus bosques a esta cura y los cuida y protege con esmero. Además de sus beneficios terapéuticos, el interés por vivir en armonía con la naturaleza y por sus beneficios es tal que algunas universidades ofrecen una especialidad en medicina del bosque y múltiples terapias derivadas.

Por su parte, el ruso cuenta con un término, *toska*, que remite a una tremenda angustia espiritual sin ninguna causa conocida y el pascuence con *tingo*, que se

14 En este ejemplo, la soledad se entiende de forma positiva.

15 *Waldbaden* proviene del término japonés *Shinrin Yoku*, que se explicará más adelante.

usa para aquellas personas que toman cosas prestadas de las casas de sus amigos y nunca las devuelven. Un caso especial es *nunchi* en coreano, que se refiere a la habilidad de interpretar el estado de ánimo de otra persona sin que esta lo comunique, es decir, saber actuar con iniciativa y tacto. Esta destreza es esencial en las relaciones entre coreanos y de ella depende la aceptación o no de una persona en diferentes situaciones. Tampoco parece que existan expresiones similares, al menos en varias lenguas europeas, para nuestros términos *empalagar*, *paellera* y *sobremesa*, por ejemplo. Todas estas asimetrías lingüísticas suelen provocar que, en caso de que el término gane relevancia por algún motivo en otra cultura lingüística y dada la imposibilidad de su traducción, este se incorpore como un préstamo; con el paso del tiempo, estas palabras suelen naturalizarse y dejan de ser percibidas como extranjerismos.

Quizás más interesante aun es la diferenciación y lexicalización de las partes del cuerpo en algunos idiomas, según datos que arrojan estudios recientes. Puede resultar sorprendente que existen más de doscientas lenguas que no tienen dos términos diferenciados para el brazo y la mano. Por ejemplo, en el árabe de Marruecos, el japonés y el ruso se refieren a estas dos partes con una sola palabra. Existen también otros tantos idiomas que no cuentan con dos palabras para la mano y los dedos; entre ellos se encuentran lenguas tan lejanas como el igbo de Nigeria, el vedda, lengua hablada por una minoría en Sri Lanka, el apache de Oklahoma en EEUU y el bielorruso (Brown 2013). Esto quiere decir que para los hablantes de esas lenguas, estas dos partes del cuerpo no están diferenciadas. En realidad, ni el español, ni el italiano, ni el portugués tienen tampoco término específico para los dedos de los pies, al contrario que el inglés (*toes*), el francés (*orteils*) y el alemán (*Zehen*). Tampoco deben de ser muy relevantes las fosas nasales para aquellas lenguas que recurren a frases que explican esta parte en cuestión, y, sin embargo, existen otras que sí cuentan con un término concreto: *narici* en italiano, *narine* en francés, *neusgat* en holandés y *nostril* en inglés.

Un ejemplo que cabe destacar, señala Díaz Rojo, son los términos que en náhuatl designan algunas partes del cuerpo para las que otras lenguas no tienen palabras específicas. Esta lengua uto-azteca que se habla en Méjico dispone de:

un término genérico para designar las fosas nasales, la abertura de la boca, el ano y el resto de los orificios corporales (*tlecállot*), que significa literalmente 'húmero, chimenea'; posee palabras para nombrar los pelos del cuello (*cocotzontli*), la cabeza comprendiendo la cara (*tzontecomatl*) y sin ella (*cuaitl*), la parte lateral y acanalada de la quijada (*camalacha*) y los pliegues flácidos a los lados de las comisuras de los labios (*tentzotzol*), entre otros términos. (2004)

Otro gran bloque en el que existen grandes diferencias en cuanto a conceptualización en el lenguaje es toda aquella información gramatical o léxica que determina al sustantivo. Para empezar, en muchas lenguas los sustantivos tienen género y este suele entenderse en una dicotomía de masculino o femenino (debemos señalar que en algunas esta diferenciación sea prácticamente inexistente y otras ofrezcan una tercera posibilidad, el neutro). Aunque en la mayoría de los casos, las lenguas están también determinadas por el número, existen, sin embargo, algunos idiomas que no cuentan con números ni con determinantes numerales. Entre ellas se encuentra el pirahã, hablado por unos 150 habitantes de la selva amazónica brasileña.¹⁶ Diversos lingüistas sostienen que sus hablantes, carentes de un lenguaje numérico, no son capaces de diferenciar ni comparar cantidades en pequeños grupos de objetos o personas, algo que seguramente no es muy relevante en su comunidad que sobrevive gracias a una economía de subsistencia. De esta forma, podemos deducir que sin las palabras que se refieren a los números no logramos una experiencia cognitiva matemática que nos permita la abstracción y el razonamiento numérico complejo.

Otra de las áreas de interés por la intersección entre la diversidad de culturas y sus lenguas es el estudio de los clasificadores, morfemas que se añaden en algunas lenguas a los sustantivos y que precisan su significado en propiedades como material, forma, consistencia, tamaño, peso, etc. Dada su función categorizadora de la realidad, su uso implica que un conjunto de hablantes determinado perciba un grupo concreto de sustantivos como perteneciente a una clase que tiene rasgos comunes, aunque en otra lengua se realice de otra manera completamente diferente o sea inexistente. Puesto que apenas existen en las lenguas indoeuropeas, es probable que nos cueste comprender su funcionamiento y utilidad, pero son parte esencial de muchas otras de Asia, África, América y Oceanía. Por ejemplo, las lenguas algonquinas en la costa este de Norteamérica utilizan el afijo *-a* para aquellos sustantivos que se refieren a seres animados con movilidad (personas, animales, pero también maíz y tabaco) y el afijo *-i* para el resto, mientras que los hablantes del yucateco comprenden que las vacas son entendidas como seres animados y, sin embargo, las hormigas como inanimados (Díaz Rojo 2004).¹⁷ Además, Denny y Creider mencionan que en las lenguas bantúes existen clasificadores diferentes para:

16 El pirahã es la única lengua que ha sobrevivido de la familia mura-pirahã y cuenta con numerosas peculiaridades.

17 Este mismo autor también señala que, tal y cómo ha demostrado Comrie (1992), los clasificadores siguen siendo mostrando una gran actualidad semántica, como podemos observar en el japonés que continúa clasificando objetivos relativamente nuevos,

cosas extensas y largas (río, labio, flecha, pierna, día), sustancias dispersas (arena, lluvia, bostezo), para cosas no extensas, redondas o abultadas (mancha, mano, lágrima, sol), para sustancias viscosas (leche, pus, tiempo frío y húmedo), para animales (serpiente, jefe, ciego, hechicero), etc. Por lo que se refiere a las partes del cuerpo, por ejemplo, la rodilla, la nariz, el ombligo, el estómago, las nalgas, la mejilla, el ojo y los dientes se agrupan bajo la categoría de cosas no extensas y abultadas, mientras que los intestinos reciben el clasificador de las sustancias líquidas y viscosas; el cuello y la ceja pertenecen a la categoría de las figuras no extensas y con contorno. (Díaz Rojo 2004)

Por otra parte, en los últimos años se ha indagado más minuciosamente en cómo la lengua afecta a nuestra percepción cromática y este es uno de los grandes campos de estudio de la influencia del lenguaje en el pensamiento. Sabemos que los colores no existen de manera independiente en la naturaleza, sino que los objetos absorben y reflejan parte del espectro lumínico dependiendo de su composición material, y que ese reflejo da lugar a aquello que los humanos percibimos como tono o color. Distintas lenguas segmentan este espectro reflejado de manera diferente. En este sentido, también son muy sorprendentes los resultados de las investigaciones de Kay y Maffi, quienes indagaron en la percepción de los colores y más en concreto, en los términos que se refieren a los colores verde y azul en 120 idiomas.

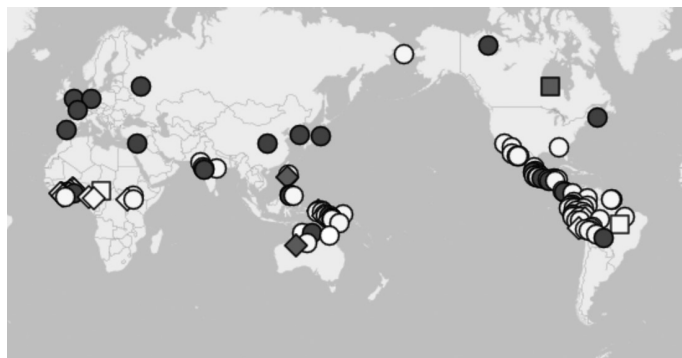


Figura 2: Mapa que muestra la lexicalización de los colores azul y verde

incluso en los neologismos, según su forma. Así la palabra *béisbol* se clasifica por su forma redonda y *teléfono* por su forma alargada (refiriéndose al cable).

En la conclusión de su estudio se refleja que tan solo treinta de esas lenguas cuentan con dos palabras para los dos colores (señaladas con un punto rojo en el mapa) y que más del doble, en concreto sesenta y ocho idiomas, dispone de una única palabra (punto amarillo). Otros resultados sorprendentes indican que quince lenguas comparten una palabra para denominar el azul, el negro y el verde (rombo amarillo); dos cuentan con un único término para el azul y el negro y con otro distinto para el verde (rombo rojo); otras dos tienen una palabra para el amarillo, el azul y el verde (cuadrado amarillo); una única lengua tiene una palabra para amarillo y el verde y otra distinta para el azul (cuadrado rojo); y dos lenguas en Australia no disponen de ningún término para referirse a ninguno de ellos (punto blanco).¹⁸

En cuanto a la lexicalización de los colores amarillo y rojo, estos investigadores llegaron a la conclusión de que la gran mayoría, noventa y ocho lenguas de las 120 analizadas, lexicaliza estos dos colores en dos palabras, tal y como muestra el punto rojo en la Figura 3.



Figura 3: Mapa que muestra la lexicalización de los colores amarillo y rojo

Además, señalan con el punto amarillo quince lenguas en las que tan solo existe una palabra para ambos, con el rombo rojo, tres idiomas con un término para amarillo y rojo y otro diferente para azul y verde, con el cuadrado rojo, una única lengua en la que existe un término para el color amarillo y el rojo y otro diferente para el verde y, por último, con el círculo blanco indican que existen tres lenguas que no disponen de ninguna palabra para designar los colores amarillo ni rojo (dos de ellas también en Australia).

¹⁸ Para más información sobre de qué lenguas se trata ver: <<https://wals.info/feature/134A?v1=ca00#1/33/152>>

Justamente lo contrario, al menos para los hablantes del español, parece ocurrir en el griego, el italiano y el ruso, por ejemplo, lenguas en las que existen dos palabras diferentes para el tono azul que en muchas otras se denomina simplemente azul; estas corresponden aproximadamente al azul cielo y al azul marino. Con esta diferencia en mente, Winawer *et al.* (2007) mostraron a hablantes de inglés (que cuentan con la palabra *blue*) y de ruso (que diferencian el *golubóy*, azul claro, del *siníy*, azul oscuro) un azul concreto que escogían de entre las veinte muestras con diferentes matices que aparecen en la parte superior de la Figura 4:

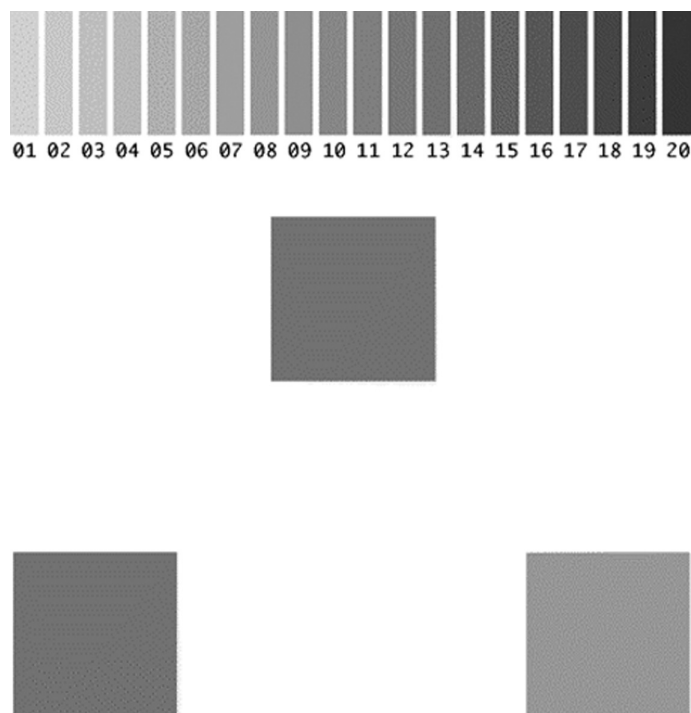


Figura 4: Tonos de azul usados en el estudio

Estos debían decidir si la muestra correspondía al color azul claro (del número 1 al 10) o al azul oscuro (del 11 al 20). Para ello podían compararla con las triadas de azules que aparecen abajo en la figura 4. Durante el ejercicio, los hablantes de inglés tardaban siempre más tiempo porque en ocasiones necesitaban comparar los azules para decidirse, mientras que los hablantes de ruso eran mucho más rápidos discriminando matices del azul. Además, se observó

mediante resonancias magnéticas que aquellos hablantes que cuentan con dos palabras, activaban dos lugares diferentes de su cerebro para resolver el ejercicio. El estudio llegó a la conclusión de que aquellas personas que cuentan con dos palabras ven dos colores y por ello los discriminan más fácilmente. No en vano, nos resulta más sencillo, como hablantes de español, discriminar el negro del gris y el rojo del rosa.

4. Conclusión

Decía Eduardo Galeano que “somos las palabras que cuentan lo que somos” (1989: 4). No podemos estar más de acuerdo. Nuestras lenguas son, más allá de herramientas comunicativas determinadas por reglas lingüísticas que comparten hablantes y oyentes, fuente de conocimiento de las diferentes culturas y parte importante de nuestro patrimonio. Las lenguas, en su diversidad, nacen de contextos culturales, geográficos e históricos determinados y evolucionan para dar respuesta a las necesidades de los hablantes. Son, por lo tanto, depósitos de cultura y pensamiento e influyen también en la forma que tenemos de entender el mundo que habitamos. Aunque la realidad ontológica existe con independencia del lenguaje, no puede conocerse al margen de este. Es la tarea del traductor la de actuar de mediador entre las culturas y su pensamiento. Para ello no debe solo formarse lingüísticamente, debe también —y esto es indispensable— sumergirse en el pensamiento de otras comunidades lingüísticas, conocer sus culturas, historias y su *Weltanschauung*.

5. Referencias

- Boas, F. (1911, repr. 2013). *Handbook of American Indian Languages*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Boroditsky, L. (2010). “Lost in Translation”, *The Wall Street Journal* (24 julio 2010).
- Brown, C. H. (2013). “Hand and Arm”, en Matthew S. Dryer y Martin Haspelmath (ed.), *The World Atlas of Language Structures Online*. Leipzig: Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology. <<http://wals.info/chapter/129>>, consultado el 8 de enero 2020.
- Celaya, G. (1955, repr. 1976). “La poesía es un arma cargada de futuro”, en *Cantos iberos*. Madrid: Ediciones Turner.
- Conrad Jackson, J., Watts, J., Henry, T.R., List, J-M., Forkel, R., Mucha, P. J., Greenhill, S. J., Gray, R.D. y Lindquist, K. A. (2019). “Emotion semantics show both cultural variation and universal structure”, *Science* 366, 1517–1522.

- Díaz Rojo, J.A. (2004). “Lengua, cosmovisión e identidad nacional”, *Revista electrónica de estudios filológicos* 7. <<https://www.um.es/tonosdigital/znum7/estudios/clengua.htm>>, consultado el 5 de mayo 2020.
- Ekman, P. (1992). “Are there basic emotions?”, *Cognition and Emotion* 6, 169–200.
- Galeano, E. (1989, repr. 1993). *El libro de los abrazos*. Madrid: Siglo XXI.
- Heidegger, M. (1951, repr. 2000). “Bauen, wohnen, denken”, en *Gesamtausgabe. 1. Abteilung: Veröffentlichte Schriften 1910–1976. Band 7: Vorträge und Aufsätze*, pp. 145–164. (Frankfurt am Main: Vittorio Kostermann).
- Kay, P. y L. M. (2013a). “Green and Blue”, en M. S. Dryer y M. Haspelmath (eds.), *The World Atlas of Language Structures Online*. Leipzig: Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology. <<http://wals.info/chapter/134>>, consultado el 28 de enero 2020.
- (2013b). “Red and Yellow”, en M. S. Dryer y M. Haspelmath (eds.), *The World Atlas of Language Structures Online*. Leipzig: Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology. <<http://wals.info/chapter/135>>, consultado el 19 de enero 2020.
- Luque Durán, J. de D. (2004). *Aspectos universales y particulares del léxico de las lenguas del mundo*. Granada: Método. <<http://elies.rediris.es/elies21/>>, consultado el 5 de mayo 2020.
- Ngozi Adichie, Ch. (2009). *The danger of a single story*. <https://www.ted.com/talks/chimamanda_ngozi_adichie_the_danger_of_a_single_story>, consultado el 13 de marzo 2020.
- Real Academia Galega, *Dicionario da Real Academia Galega*, <<https://academia.gal/diccionario>>, consultado 10 mayo 2020.
- Steiner, G. (1973, repr. 1998). *After Babel: Aspects of Language and Translation*. Oxford: Oxford University Press.
- Story, G. L. y Naisch, C.L. (1973). *Tinglit verb dictionary*. Fairbanks: Alaska Native Language Center. <<http://tinglitlanguage.com/wp-content/uploads/2015/01/Tlingit-verb-dictionary.pdf>>, consultado el 15 de abril 2020.
- Tomkins, S. S. y McCarther, R. (1964). “What and where are the primary affects? Some evidence for a theory”, *Percept Mot Skills*, 18, 119–158.
- UNESCO, “Vitalidad y peligro de desaparición de las lenguas”. <www.unesco.org>, consultado el 9 de mayo 2020.
- Vidal Claramonte, A. (2017). “Dile que le he escrito un blues”. *Del texto como partitura a la partitura como traducción en la literatura iberoamericana*. Madrid: Iberoamericana.
- Von Humboldt, W. (1836). *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts*. <<https://>

www.lernhelfer.de/sites/default/files/lexicon/pdf/BWS-DEU1-0215-03.pdf, consultado el 3 de marzo 2020.

Whorf, B. L. (1956). "Linguistic Factors in the Terminology of Hopi Architecture", en J. B. Carroll (ed.), *Language, Thought, and Reality*. Massachusetts: The M.I.T. Press.

Winawer, J., Witthoft, N., Frank, M. C., Wu, L., Wade, A. R. y Boroditsky, L. (2007). "Russian blues reveal effects of language on color discrimination". <<https://www.pnas.org/content/104/19/7780>>, consultado el 25 de marzo 2020.

Wittgenstein, L. (1921). *Tractatus logico-philosophicus*. Londres: Outledge & Kegan Paul Ltd. <<https://people.umass.edu/klement/tlp/>>, consultado el 10 mayo 2020.